

El culto mariano y el protagonismo de la mujer en el Medioevo

Cristián León González

Ediciones Universidad San Sebastián

Santiago, 2025.

404 págs.



Entre las obras publicadas por Cristián León González, *El culto mariano y el protagonismo de la mujer en el Medioevo* ocupa un lugar particularmente significativo, pues condensa con especial claridad y pasión los grandes ejes temáticos que atraviesan su producción intelectual: la arquitectura sagrada, la liturgia, la belleza como categoría teológica y, de modo central, el culto mariano como clave interpretativa de la cultura occidental.

El libro propone una relectura amplia de la Edad Media desde una hipótesis fuerte y provocadora: el auge del culto a la Virgen María, especialmente entre los siglos XII y XIII, constituyó un factor decisivo en la revalorización simbólica, espiritual y cultural de la mujer en el Occidente cristiano.

Desde sus primeras páginas, el autor desafía el lugar común que identifica al Medioevo con una época homogéneamente misógina y oscura. Retomando la

célebre afirmación de Gustavo Pittaluga —“La gran época de las mujeres ha sido la Edad Media”—, León González articula una tesis que busca matizar esa imagen simplificada. Sin desconocer las limitaciones estructurales y jurídicas que afectaron a las mujeres medievales, sostiene que el redescubrimiento de María como arquetipo femenino permitió una síntesis cultural que dignificó su figura y abrió espacios inéditos de protagonismo espiritual y social.

El marco conceptual explícito de la obra se inspira en la noción de “genio femenino”, desarrollada por Juan Pablo II en *Mulieris dignitatem*. Desde esta perspectiva, la diferencia sexual no se entiende en clave de competencia o uniformidad, sino como complementariedad en la igualdad de dignidad. El “genio femenino” alude a dones específicos—capacidad de acogida, sensibilidad relacional, compasión, intuición espiritual— que, lejos de limitarse al ámbito privado, pueden irradiar la vida cultural y eclesial. Esta clave antropológica orienta la interpretación histórica propuesta por el autor.

Uno de los mayores méritos del libro es el amplio recorrido histórico que ofrece sobre la condición femenina desde los tiempos de Jesús hasta la plena Edad Media. El autor examina con rigor las fuentes evangélicas, subrayando el carácter contracultural de la actitud de Cristo hacia las mujeres, a quienes integra activamente en su ministerio y reconoce como interlocutoras válidas. Esta mirada originaria se convierte en criterio hermenéutico para evaluar los desarrollos posteriores.

El estudio no elude los aspectos problemáticos de la historia eclesial. Con coraje y ponderación, el autor aborda temas incómodos tanto para la tradición como para el debate actual: el androcentrismo

estructural, las tensiones en torno al diacorado femenino, la progresiva marginación de ciertas formas de liderazgo espiritual femenino, la influencia del derecho romano y la interpretación ambivalente de la sexualidad en algunos Padres de la Iglesia. Analiza textos patrísticos y normativos sin caer en anacronismos, contextualizando cuidadosamente cada afirmación. De este modo, la obra evita tanto la idealización apologetica como la crítica simplificadora.

El punto de inflexión en su relato histórico se sitúa en lo que denomina “la gran revolución del siglo XII”: el extraordinario auge del culto mariano en Occidente. León González sostiene que esta expansión no fue un fenómeno meramente devocional, sino un auténtico motor civilizatorio. La exaltación de María como nueva Eva, madre, reina e intercesora habría contribuido a refinar las costumbres, modelar el ideal caballeresco e influir en la sensibilidad cultural de la época. En este contexto, la figura de Bernardo de Claraval emerge como símbolo de una síntesis entre contemplación, teología y acción, profundamente marcada por la devoción mariana.

El autor vincula el desarrollo del amor cortés y del ideal caballeresco con la irradiación simbólica del culto a la Virgen. La dama objeto de veneración y servicio reflejaría en el plano profano una sensibilidad moldeada por la reverencia mariana. Aunque esta tesis puede suscitar discusión historiográfica respecto de la relación causal directa, el libro logra mostrar al menos una convergencia simbólica significativa entre espiritualidad y cultura cortesana.

Como fruto de este clima cultural, el siglo XII y los siguientes presenciaron el surgimiento de nuevas formas de vida religiosa y el florecimiento de grandes figuras femeninas cuya densidad espiritual no

encuentra fácil paralelo en otros períodos. Místicas como Hildegarda de Bingen, Clara de Asís o Catalina de Siena son presentadas como expresión de un tiempo en que la autoridad espiritual femenina encontró reconocimiento y proyección pública. En ellas, la identificación con María no fue solo devocional, sino existencial: maternidad espiritual, mediación intercesora y fortaleza en la debilidad se convirtieron en rasgos distintivos de su liderazgo.

Un aporte particularmente original de la obra es su análisis de la dimensión estética y arquitectónica del culto mariano, especialmente a través del estudio de la catedral de Chartres. El autor interpreta este templo como síntesis de una cosmovisión en la que dogma, símbolo y espacio se integran armónicamente. La centralidad iconográfica de la Virgen, la reorganización del espacio gótico y la experiencia lumínica del interior catedralicio son leídas como expresión tangible de una antropología mariana que estructura la experiencia religiosa y urbana. La arquitectura aparece, así, como teología construida, como pedagogía visual de la dignidad femenina elevada en María.

Desde el punto de vista metodológico, el libro combina fuentes primarias—textos bíblicos, patrísticos y medievales— con referencias historiográficas y teológicas contemporáneas. Su estilo es ensayístico, más sintético que exhaustivo, lo que le permite articular una visión de conjunto coherente. No se trata de una monografía especializada en sentido técnico, sino de una propuesta interpretativa amplia que busca iluminar procesos culturales complejos desde una categoría unificadora.

En síntesis, este libro constituye una contribución relevante al estudio de la espiritualidad medieval y al debate sobre el

lugar de la mujer en la tradición cristiana. Su principal mérito radica en haber articulado, con erudición y pasión, una narrativa que integra teología, historia, arte y antropología bajo el signo del “genio femenino”. Al hacerlo, invita a reconsiderar la Edad Media como un período complejo y dinámico, en el que el culto mariano desempeñó un papel decisivo en la configuración simbólica de Occidente y en la emergencia de un protagonismo femenino que, aunque condicionado por su tiempo, dejó una huella perdurable en la civilización cristiana.

Mauricio Cox Pinto

Epistolario del obispo Manuel Larraín. Volumen I: catolicismo social

José Ignacio Fernández, Ángela Pérez-Jijena
y Carlos Álvarez Soto (eds.)
Anales de la Facultad de Teología
Santiago, 2025
391 págs.



El título *Epistolario del obispo Manuel Larraín: catolicismo social* es el primero de una colección de cuatro volúmenes de cartas inéditas de monseñor Manuel Larraín

(1900-1966). Las cartas fueron escritas entre el 16 de diciembre de 1930 y el 20 de junio de 1966 (dos días antes de su muerte). Se trata de un nutrido intercambio epistolar del obispo Larraín con importantes personeros del mundo eclesial, político y social, provenientes en su mayoría del contexto nacional y latinoamericano.

El valor del epistolario se relaciona directamente con la importancia de quien es su autor. Manuel Larraín fue obispo de Talca desde 1938 hasta su muerte (1966); fue asesor general de la Acción Católica (1952-1962); cofundador del CELAM (Consejo Episcopal Latinoamericano) y su primer vicepresidente; presidente de la Conferencia Episcopal chilena; y tuvo un destacado papel en el Concilio Vaticano II.

Sus cartas son claras y directas, llenas de pasión y convicción. Su lectura atrapa el interés del lector y van introduciendo en el período de la historia del que dan cuenta. La agudeza intelectual de su autor, su profundo conocimiento de la realidad y el compromiso con la Iglesia chilena y latinoamericana que le son propios, además de ilustrar sobre el pasado, le dan vigencia a su pensamiento y hacen de él un buen referente en el discernimiento del tiempo presente.

Se trata aquí del primer volumen de una colección que contempla cuatro volúmenes: catolicismo con sentido social, colegialidad y conferencias episcopales, criterios de acción pastoral y la crisis de la Falange Nacional. En este primer volumen se compilan las cartas que dan cuenta de las preocupaciones y las reflexiones de carácter social de Manuel Larraín. Hablamos de misivas de gran valor histórico y pastoral, en las que se contiene el pensamiento social de uno de los sacerdotes más influyentes del siglo XX, tanto en